

# La inexistencia del PCM

Este análisis es resultado del trabajo conjunto de Enrique González Rojo, Enrique González Phillips y Andrés Germán Pérez Valladares.

1.— A raíz de la reedición del Ensayo sobre un proletariado sin cabeza de José Revueltas, han aparecido ciertas aseveraciones extrañas y paradójicas por parte de algunos miembros del PCM. En el número 216 de la revista Proceso, Enrique Semo, en su artículo “El PC y la clase obrera frente a frente” afirma que: “En el umbral de un nuevo decenio, el PCM se enfrenta a un viejo problema: el de la relación con la clase obrera. El primero que lo planteo con rigor teórico fue José Revueltas y ello lo hizo “en un libro muy nombrado y poco leído” (p. 30). Y más adelante: “Hoy, al volverse a leer la obra, lo que destaca en ella no son sus innegables limitaciones, sino la previsión profunda y certera de la principal tarea teórica que esperaba a los comunistas al inicio de aquel decenio. Las ideas de Revueltas fueron encarnándose en la práctica del PC en los años sesenta y setenta. El partido asumió la conciencia de la independencia de la clase obrera. Rompió con el reformismo y el economicismo y esbozó una concepción socialista, revolucionaria, ‘proletaria’, de la realidad mexicana” (p. 30). El “liquidador y revisionista” de los viejos tiempos, el “enemigo de la clase obrera” del XIII Congreso es visto ahora como el gran teórico de la relación que debe existir entre el proletariado y su partido, como un visionario incomprendido, como el profeta que hablaba en el desierto.

Pero las cosas no terminan ahí. Por lo visto, son varios los miembros del PC que comparten la idea de que las modificaciones que ha tenido el partido desde 1962 —fecha en que se publicó el **Ensayo**— hasta la fecha, representan una especie de “revueltización” del partido o, dicho de otra manera, significan el tránsito de la época en que el PC era en verdad irreal históricamente (como lo denunciara Revueltas) a una etapa en que ha adquirido su realidad histórica. Se trata, pues, del intento de absorber la disidencia, y asimilar la impugnación. De la misma manera en que el Estado intenta hacer suyos, incorporarlos a su olimpo a los grandes líderes revolucionarios e independientes (Zapata, Flores Magón, etc.), el PC, como un Estado en miniatura, pretende llevar a cabo esa absorción necrofílica. No solo Martínez Verdugo hace guardia ante el féretro del “Camarada Revueltas” en Félix Cuevas, sino que muchos de los militantes y teóricos del PC en la actualidad presentan a Revueltas como un “comunista sin carnet” y un gran teórico que trazo visionariamente la línea por la que paso a paso ha ido marchando el partido desde su inoperancia histórica hasta su conversión “en la segunda fuerza electoral del país”.

Pero, volviendo al **Ensayo sobre un proletariado sin cabeza**, ¿en qué consistía la tesis de la inexistencia histórica, de la que habla dicho libro, y que si antes era acertada, ahora (en la época del “crecimiento del partido”, de “su reconocimiento legal” y su “papel en las Cámaras”) ya no lo es? Su esencia consiste en afirmar que el PCM no solo adolecía de tales o cuales fallas, sino que resultaba incapaz, por razones estructurales, y a través de toda su historia, de jugar el papel de vanguardia científica y revolucionaria de la clase obrera. Común denominador de las corrientes espartaquistas en México es la convicción de que, por causas objetivas y subjetivas, en nuestro país no

existe, ni ha existido a través de toda su historia, un partido que exprese los intereses fundamentales de la clase obrera. Es cierto que el PCM de 1980 es diverso del de 1960, como son distintos **Los tres mosqueteros y Veinte años después**; pero quien supone que Revueltas tenía razón al mostrar la inexistencia histórica del partido de los sesenta, pero que dicha afirmación ya no conviene al partido de los ochenta, no ha entendido en qué consiste la tesis de la inexistencia histórica del partido. La realidad histórica del partido implica, según Revueltas, una estructuración definida que no se puede conquistar paso a paso, gradualmente, como tampoco es posible destruir el capitalismo (como lo pretenden el eurocomunismo actual y el reformismo de siempre) con pequeñas “reformas” y “tomas de posición” que lejos de atentar contra la base del sistema, en realidad lo apuntalan y modernizan. El PC durante los sesenta era un grupúsculo. Su inexistencia histórica se inscribía en lo que podríamos llamar irrealidad-aislamiento. Era, en efecto, no solo un partido irreal, sino un cero a la izquierda en la política nacional. El PC en la actualidad ya no es un grupúsculo. A partir aproximadamente de 1974 como producto de las luchas democrático-estudiantiles de 1968 y 1971 y de otras causas, se ha convertido en una cierta fuerza social. Ahora ya no se caracteriza por su irrealidad-aislamiento, sino por lo que nos agradaría de signar como irrealidad-participación. El PC de 1960 a 1980, no ha transitado del partido irreal al partido real, sino del partido de irrealidad-aislamiento al partido de irrealidad-participación. Aún más. Cuando en el partido predominaba la irrealidad-aislamiento, y carecía de verdadera influencia entre obreros, campesinos y aun estudiantes, su carácter no participativo, su definición como un elemento intrascendente en la política,

determinaba un tipo de relación peculiar con el régimen y el Estado capitalista: un **laissez faire** político. El PC de los sesentas, el denunciado por Revueltas en el Ensayo, dejaba hacer a la burguesía, estaba incapacitado para intervenir, en sentido realmente visible, en la política de entonces. El PC de los ochenta ha cambiado de signo. Es un partido que muestra cierta influencia electoral y, aunque no la ha conquistado seriamente entre los obreros y campesinos, si la, tiene entre los estudiantes. El PC, en su época de irrealidad-participación, ya no deja hacer al régimen, sino que le hace Juego al sistema. En la Cámara de Diputados ruge Valentín Campa, arguye Pablo Gómez, matiza Rincón Gallardo, y al final de la "democrática discusión" avanza la aplanadora de votos del PRI y sus secuaces. Y esto no es más que un botón de muestra de cómo la reforma política, diseñada por la burguesía que la participación miente a un partido que, sin abandonar su irrealidad estructural, ha ido del aislamiento a la participación. Se podría decir, incluso, que el partido de los ochenta es más irreal que el de los sesenta en virtud de que el aislamiento auxilia menos a la política burguesa que la participación sometida al diseño demagógico y manipulador de las reglas de la clase enemiga.

Enrique Semo escribe, respecto al **Ensayo**: "El libro es tan grande en sus aciertos como en sus errores. Y fue precisamente uno de estos últimos el que impidió que pudiera ser utilizado directamente en la fundamentación de la Línea política que surgió de la victoria sobre el encinismo. Revueltas le negaba al PCM la posibilidad de convertirse en esa "autocrítica histórica de la clase obrera mexicana" y llamaba a salirse de sus filas" (p. 30). Por lo visto Enrique Semo no se distingue por su conocimiento de los

hechos acaecidos en vísperas del XIII Congreso, o adolece, como decía, Revueltas, de ese mal endémico del PCM que es la ausencia de memoria política. No fue Revueltas el que le negara al PCM la posibilidad de asumir la conciencia de su inexistencia histórica o, lo que es igual, la "autocrítica de la clase obrera mexicana", sino que, víctima no de un error más, sino de la propia incapacidad autocrítica emanada de su forma irreal de existir históricamente, fue el PCM el que se autonegó dicha posibilidad. En el proyecto de Resolución para la VIII Convención del Distrito Federal de 1959 denominado ¡Defendamos con firmeza los principios leninistas de la edificación del partido! se le presentó a la célula Marx, donde militaba. Revueltas, un claro ultimátum: o abandonaba la célula sus opiniones o sería expulsada. Al final de la Resolución de la VIII Convención se puede leer: "La VIII Convención (Extraordinaria) del PCM en el Distrito Federal, considera que las posiciones revisionistas y liquidadoras de la célula Marx son incompatibles con su pertenencia en el partido" (p. 10). Esta sentencia amenazante de la VIII Convención, puso a la célula Marx y a Revueltas en un dilema: renunciar a sus puntos de vista (que tan valiosos le parecen ahora a Enrique Semo) para permanecer en el PCM, contemporizando con la actitud conciliadora del Comité del Distrito Federal y los "distritistas" de entonces o salir del partido para defender los principios.

Semo añade: "El partido 'asumió la conciencia de la independencia de la clase obrera'. Rompió con el reformismo y el economicismo y esbozó una concepción socialista y revolucionaria, `proletaria', de la realidad mexicana. Debido a los errores de Revueltas y al gradualismo de los entonces

flamantes dirigentes del PC, el proceso fue mucho más lento y tortuoso de lo que debió haber sido" (p. 30). Aquí revela Semo nuevamente que no entiende en absoluto cuál es el pensamiento de Revueltas. Un partido no puede transitar de su irrealidad a su realidad en un proceso cuantitativo, poco a poco. No Puede ir bebiendo una existencia histórica destilada con cuentagotas. Un partido se puede convertir de irreal en real si y solo si se inscribe en un salto cualitativo que implica un complejo proceso teórico-práctico. En realidad, la creación del partido es la conquista histórica de una estructura, la configuración de un organismo que exprese los intereses esenciales a corto, mediano y largo plazo, de la clase obrera, la conformación, en fin, de la realidad histórica que presupone un cambio de terreno, una revolución organizativa. En el PC ha habido algunos cambios significativos, desde el XIV al XVIII Congreso. Ya el enemigo principal, por ejemplo, no es solo o esencialmente el imperialismo yanqui sino también el Estado, rehuyéndose con ello las más nefastas consecuencias estratégicas, de prosapia lombardista. Ha habido, pues, una cierta "proletarización" (muy entre comillas) del PC. Pero estos cambios son sólo formales.

Ahora se trata no aliarse con el gobierno contra el imperialismo yanqui, sino con la burguesía no monopólica o con el ala izquierda del PRI contra un gobierno asociado al capital imperialista de nuestro vecino del norte. Cambios formales. De detalle. Diferentes matices que asume, en su irrealidad histórica, el PCM.

No obstante lo afirmado, en Semo hay a veces un

revueltismo mal digerido o debilitado y vergonzante. Es por ello que en el documento "Por la renovación del PCM", del 20 de noviembre de 1980, la minoría del CC, escribe que: "Junto a los viejos dogmas aparecen otros nuevos. Seguimos pensando por analogía, en función de realidades y experiencias diferentes a la nuestra, mientras languidece el análisis concreto de las luchas sociales en México y nuestra inserción en la cultura nacional" (Revista Di, N9 8, p. 40). El dogmatismo nuevo y viejo, el pensar por analogía, el trasplante de otras experiencias, etcétera, ¿qué otra cosa son sino una de las manifestaciones de la inexistencia histórica cuando se presentan, como en el caso del PC, con el carácter de enfermedades crónicas?

II. Enrique Semo se halla entregado, junto con otros doce compañeros del CC, a una ardua lucha interna que ha sido hecha pública. Es una contienda, al parecer, entre la minoría del CC contra la mayoría del mismo organismo y la mayoría de la Comisión Ejecutiva.

Según la minoría del CC, a la que pertenece Semo, y expresada en el documento "Por la renovación del PCM", la lucha interna que actualmente se da en el partido responde a la existencia de una corriente orientada a la formación de un partido de opinión y no de acción. A la constitución de un partido de capas medias emergentes y no de un partido fundamentalmente obrero. Un partido de ciudadanos y no de clase. A la inserción de corrientes de opinión que se limitan a luchar por la modernización y democratización del capitalismo y no a la construcción de una fuerza social independiente y revolucionaria.

Según el documento, aunque a partir de 1974 el partido "ha logrado importantes avances y victorias" (los ejemplos que pone de éstos son puramente electorales), en la actualidad la organización se halla en un estado de transición: el partido se encuentra a la mitad del camino entre un modelo "burocrático-político" y otro "democrático-plural". La revueltización gradual del PC, sugieren los renovadores, se encuentra en lucha contra un modelo que amenaza con la derrota del PC "y todo el movimiento revolucionario" (sic).

Lo primero que salta a la vista en la posición de Semo es una extraña incoherencia: el partido ha tenido grandes victorias, dice el documento, a continuación enumera algunas de estas: ¡y vemos que son puramente parlamentarias!: aceleración del reclutamiento, dos campañas electorales, registro electoral, dieciocho escaños en la Cámara, etcétera. Posteriormente la crítica va enderezada en buena parte ¡contra el cretinismo parlamentario! o sea, el documento identifica "las grandes victorias" y las grandes deformaciones. Por otro lado, no destaca qué diferencias hay entre el partido gradual y ligeramente revueltizado a partir de 1974 y el actual partido en "proceso de transición". No demuestra cuáles aspectos "revolucionarios" del partido se han ido perdiendo en la actual etapa. Paradójicamente las denuncias, vergonzosamente revueltistas, nos muestran un partido que no es proletario ni por su línea, ni por su estructura orgánica, ni por su composición empírica, sino un partido de intelectuales integrantes de "la esfera política burguesa" (sic). Sin embargo, el documento sigue tratando al partido como un



"poquito" proletario y por ello en peligro de una reenajenación al burocratismo y al reformismo.

En apariencia, el "grupo de los 13" se ubica en posiciones más avanzadas que la mayoría. Podría hablarse de que la "Tendencia renovadora" representa el ala izquierda de la dirección del PCM frente al ala derecha de la mayoría. De aquí a pensar que la minoría, de triunfar en sus posiciones en el XIX Congreso, podría llevar al partido a asumir plenamente la "autocrítica" que pedía Revueltas y a emprender, por ende, un camino independiente y revolucionario, hay un. Pero analicemos más profundamente el problema. Las dos alas del partido, la izquierda minoritaria y la derecha mayoritaria, no son en realidad la pugna entre un sector que expresa los intereses obreros y otro que representa los pequeño-burgueses o intelectuales. Se trata más bien del ala izquierda de un partido irreal y del ala derecha de un partido irreal. Como la irrealidad histórica de un partido lo define a todo él como un organismo que, en su estructura fáctica, no representa los intereses históricos de la clase obrera, tanto un ala como otra no son sino el conflicto tormentoso de tendencias que, desde el punto de vista de la clase obrera, se configuran como fantasmales. Si el partido de los setentas, como dijimos, se caracterizaba por su realidad-aislamiento y el de los ochentas por su irrealidad-participación, conviene hacer notar que, en su "etapa de transición" y casi con un pie en el estribo del XIX Congreso, el PC actual se desdobra, en lo que a la irrealidad-participación se refiere, en dos proyectos diferentes: el de la mayoría (expresado en el documento En defensa de la política del PCM, Resolución del XXII Pleno del CC del PCM, que se define como una irrealidad-

participación democrático-parlamentaria (en que el obrerismo del que hacen gala resulta ostensiblemente abstracto y formal) y el de la minoría que se define como una irrealidad-participación proletarizante. Ambas alas están enajenadas, continúan estándolo, en la convicción o el engaño de que el partido, aunque haya cometido tales o cuales errores, es la cabeza, el proyecto de cabeza o al menos uno de los hemisferios que, unido al de los otros grupos de la "Coalición de izquierda", constituye el cerebro de la clase obrera mexicana. La troglodita respuesta de la mayoría —nuevo ejemplo de la ya tradicional forma de enredar las cosas—, no merece ser comentada. Pero resulta patente que tanto de ella, como de las posiciones de la mayoría, se deducen diferentes formas de participar (coincidentes, desde luego, en el espejismo de creer que participar equivale a ser reales históricamente). El ala izquierda del partido irreal, decíamos, aparentemente se sitúa en posiciones más avanzadas. Pero como su "proletarización" es formal —pone, verbigracia, el acento en la composición obrera del partido, lo cual está bien; pero no en la línea política que exprese los intereses históricos de dicha clase no solo contra el capital y su oligarquía, sino contra las usurpaciones tecnoburocráticas presentes y futuras de la intelectualidad— la posibilidad de su realización práctica resulta en cierto sentido más peligrosa para la política revolucionaria nacional que la irrealidad-participación democrático-parlamentaria de la mayoría. Se podría afirmar que, de la misma manera que la irrealidad-participación es más irreal desde el punto de vista de las posiciones de la clase obrera, que la realidad-aislamiento, la irrealidad-participación proletarizante es más irreal, enfocada desde las mismas posiciones, que la irrealidad-

participación democrático-parlamentaria. ¿Cuál es la razón de ello? Su fundamento reside en el hecho de que la línea democrático-parlamentaria de participación tiene entretenido al partido en las labores electorales, "parlamentarias" y estudiantiles, lo cual permite a una izquierda más revolucionaria, como está ocurriendo, trabajar preferentemente a nivel de las bases obreras y campesinas. El carácter pequeñoburgués y reformista de la mayoría del PC le viene como anillo al dedo, por consiguiente, al trabajo popular de la izquierda revolucionaria que ha prescindido la concurrencia perturbadora de los miembros del PC. La línea práctica que se deduce, en cambio, de la mayoría, resulta más peligrosa, para el movimiento revolucionario, porque intenta dar un vuelco al carácter de su participación. Menos actividad parlamentaria, parece decirnos, y más lucha obrero-campesina. Si esta orientación política predominase, la izquierda revolucionaria tendría que competir, en su lucha cotidiana, con un PC lanzado en busca de su conversión, de "partido de masas" pequeño-burguesas, intelectuales, etcétera, en "partido de masas" obreras y campesinas. Y lo que es peor: Si el PC se convirtiera en un gran partido "obrero y campesino", representaría un enorme riesgo porque sometería, como los grandes partidos socialdemócratas o eurocomunistas, a grandes contingentes populares al control de un aparato irreal históricamente desde el punto de vista de la clase obrera, pero profundamente **real** desde el punto de vista de la colaboración con el establecimiento. Pensamos, sin embargo, que la minoría tiene la posibilidad de escapar de las negras consecuencias implicadas en su tímida crítica del partido actual: ir al fondo de la cuestión. No hablar medrosa, confusamente y en abstracto de la necesidad de

que la clase obrera realice su autocrítica y que se lleve a buen término el proceso de recreación del partido, sino reconocer sin tapujos que en México no existe todavía el partido de la clase obrera, que ni el PCM, ni la Coalición de izquierda, ni ninguno de los partidos, grupos y grupúsculos constituyen, ni juntos ni separados, tal partido. Reconocer, además, que ni la participación actual del partido (la democrático-parlamentaria) ni la por ellos entrevista (la proletarizante) da realidad histórica al PC. Y poner así las bases, con este reconocimiento, para luchar por un partido obrero-campesino que no solo se proponga destruir, en la coyuntura adecuada, el capitalismo en esta parte del mundo, sino construir el socialismo.

“PROCESO”, 2 DE FEBRERO DE 1981.